

SAN PASCUAL BAILÓN:

I – Fiestas de canonización, 1691

II – El zarrón. Almazán

III – Grabados de San Pascual Bailón

IV - Bibliografía

Carmen Sancho de Francisco

I - FIESTAS DE CANONIZACIÓN DE SAN PASCUAL BAILÓN, 1691

LA VIDA DE SAN PASCUAL BAILÓN transcurre durante la segunda mitad del siglo XVI. Había nacido en 1540 en un pueblecito aragonés llamado Torrehermosa, cerca de Ariza (Zaragoza), perteneciente a la diócesis de Sigüenza, y murió en 1592 en tierras valencianas de Villareal (Castellón), donde tiene un panteón que es venerado por sus fieles.

Durante los cincuenta y dos años de su vida podemos distinguir dos etapas; una incluye su niñez y mocedad en la que su vida transcurre como pastor, llevando los rebaños por cerros, montañas y “desiertos” de los alrededores de su entorno natal, sin recibir ninguna formación, aprendiendo sólo de modo autodidacta a leer y escribir. La segunda etapa de su vida comienza a los veinticuatro años de edad cuando ingresa en tierras levantinas en un convento franciscano como hermano lego, no sacerdote, y por esas tierras permanecerá hasta su muerte, viviendo en distintos conventos de franciscanos descalzos de Monforte, Almansa, Elche, Valencia o Villareal.

La vida de San Pascual, tanto en su etapa de pastor como de franciscano lego, se caracteriza por vivir en condiciones extremas de austeridad y pobreza; la vida de monje ayunando con frecuencia, trabajando la huerta del convento, ayudando en el refectorio y caminando descalzo por los campos y pueblos valencianos para recoger limosnas con que atender a sus hermanos franciscanos y a la multitud de pobres que cada día acuden a pedir limosna a la portería del convento, poco se diferenciaría de la vida de pastor llevando en el zurrón escasos alimentos para sobrevivir durante cada día.

Los relatos de la época describen al fraile como una persona muy pobre y austera, vistiendo siempre el mismo hábito franciscano, remendado y raído, y, a pesar de su pobreza, dispuesto a compartir comida y vestido con sus semejantes.

Otro rasgo común durante toda su vida fue el acentuado espíritu religioso, tanto del pastor como del fraile. Sus padres, muy humildes, vivían en el monasterio de Puerto Regio, cerca del monasterio cisterciense de Santa María de Huerta; en los alrededores de Alconchel de Ariza, estando de pastor, San Pascual mientras rezaba dirigía la vista hacia la ermita de Ntra. Sra. También en tierras valencianas, la ermita de Nta. Sra. de Loreto en Orite era su punto de referencia mientras rezaba y pastoreaba sus rebaños por Monforte del Cid antes de entrar en el convento.

Dice la tradición que fue aquí, cerca de la ermita de Orite, donde tuvo lugar lo que se denominó “el milagro de la Aparición”, según la cual, mientras Pascual estaba orando vio abrirse los cielos y aparecer entre resplandores y sustentado por ángeles a Jesucristo bajo la forma eucarística de la Hostia y el Cáliz.



Fig.1 Grabado de San Pascual Bailón. Cielos de Fiesta...Fr. Ioseph de Iesus.

Esta aparición se repetiría con frecuencia durante su vida de fraile franciscano y se incorporaría para siempre a su iconografía, la cual representa a San Pascual vestido con hábito franciscano sujeto a la cintura con el cordón de nudos, y capa corta, absorto y extasiado ante

la aparición del Santísimo Sacramento en una custodia. En pinturas y grabados esta iconografía se acompaña, además, de la imagen del convento de Orite donde ingresó en la orden de los franciscanos menores descalzos, y de un sombrero, cayado y ovejas, aludiendo a su vida de pastor, o cavando la huerta del convento, en alusión a sus ocupaciones durante su vida de fraile.

Cabe preguntarse por qué San Pascual pasó su vida de fraile en tierras tan alejadas de su entorno natal, donde también abundan los conventos. Parece que el paso desde las tierras aragonesas a las levantinas tuvo que ver con los desplazamientos del ganado dentro de las tierras de la Corona de Aragón o, lo que es lo mismo, la trashumancia entre las frías estribaciones ibéricas del norte y las más cálidas sierras béticas del sur, y en uno de estos desplazamientos San Pascual decidió no regresar y quedarse de pastor más al sur.

La presencia por los pueblos levantinos del ya fraile, pobre y andrajoso pero humilde y caritativo, debió conmover a la población rural que debido a los abusivos usos señoriales vivía en condiciones muy difíciles.

A partir de su muerte se extendió la noticia de sus múltiples milagros en respuesta a las peticiones de quienes le invocaban, por lo que fue beatificado en 1618 por el papa Paulo V y casi cien años después de su muerte fue canonizado e incluido en la lista de los santos en 1690 por Alejandro VIII y ratificado en 1691 por el papa Inocencio XII.

El siglo XVII es llamado en ocasiones el siglo de los santos por el número de ellos que fueron canonizados. A principios de siglo lo fueron, entre otros, San Raimundo de Peñaflores, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, San Francisco Javier o San Isidro Labrador, y a finales de siglo junto a San Pascual Bailón fueron nombrados santos Juan de Sahagún, Lorenzo Justiniano, Juan de Capistrano y Juan de Dios.

LAS CANONIZACIONES, así como otros acontecimientos públicos, recibimiento de personajes ilustres, inauguraciones, festividades del calendario litúrgico como el Corpus Cristi, entronización o funerales de reyes, etc. eran ocasión de fastuosas fiestas que concentraban todo el ceremonial y ritual del mundo barroco, con pocas variaciones de una a otra.

En este tipo de fiestas triunfa la ciudad. La ciudad vinculada a los orígenes o relacionada con la actividad del santo se transformaba. Las fachadas de las casas se revestían con vistosas colgaduras y tapices, por las calles desfilaban espectaculares cortejos y procesiones animados con carrozas, músicas, danzas; se encendían luminarias y hogueras, se disparaban cohetes y salvas de pólvora; se construían arcos de triunfo y aparatosas arquitecturas efímeras y tramoyas compuestas por estructuras de madera ricamente adornadas con esculturas y lienzos pintados de iconografías y mensajes simbólicos, se organizan justas poéticas, comedias y certámenes literarios. La fiesta celebra un doble triunfo; la fiesta terrenal está pensada y concebida como un reflejo de la fiesta celeste por acoger al santo entre los elegidos. La fiesta sirve tanto para la apología de los santos como para la de los lugares que las organizan y acogen.

Por ejemplo, según cuenta Fco. J. Campos, en Salamanca con motivo de la canonización de San Juan de Sahagún, patrón de la ciudad, se remató el ciclo festivo en la Plaza Mayor con una

corrida de toros y una función pirotécnica financiada por el Ayuntamiento en la que formóse un suntuoso castillo de pólvora, tan grande que admitía ocho jardines, en cada uno de los cuales se representaba uno de los trabajos de Hércules, de modo que durante una hora ardió el suntuoso castillo y junto a las luminarias y hogueras, la pólvora convirtió la noche en día. Un desfile de nobleza en caballos costosamente ajaezados desfiló hasta el convento de los padres agustinos donde los frailes habían sacado al pórtico una urna con las reliquias del santo. Las fiestas duraron cerca de veintiséis días y costaron muchos millones de libras de oro. Parte del gasto lo costeó el convento de agustinos, pero también contribuyeron los particulares con limosnas, como el generoso gremio de mercaderes que costeó por sí la fábrica y el dorado del retablo del altar del santo aportando cuatro mil reales.

Parecido ceremonial tuvo lugar en Barcelona con motivo de la canonización de San Ramón de Peñafort, en Madrid en honor de San Isidro Labrador o en muchas ciudades de España en honor de Santa Teresa de Jesús. Gran espectacularidad hubo también en las fiestas de canonización de San Pascual Bailón, especialmente en las ciudades levantinas donde San Pascual había vivido de monje como Almansa y Valencia.

LA VILLA DE ALMANSA ahora pertenece a la provincia de Albacete y Comunidad de Castilla la Mancha pero histórica y culturalmente ha estado vinculada a tierras alicantinas a través del valle del Vinalopó y del señorío de Villena. En el convento de franciscanos descalzos de Almansa vivió un tiempo San Pascual llegando a ser maestro de novicios, y allí se celebró en su honor un octavario de fiestas durante la primera semana de septiembre de 1691.

La noticia de la canonización había llegado a Almansa en diciembre de 1690 y, como ha investigado M^a Trinidad López García, el pueblo entero se conmovió y el alboroto y la fiesta duró desde las tres de la tarde hasta pasada la media noche. Se reunieron quinientos soldados con mosquetes y arcabuces en la plazuela del convento franciscano de Santiago, los monjes sacaron en procesión al santo, entonaron el Te Deum, detrás iba la banda de música, se incorporaron treinta y seis caballos ricamente ajaezados, llevando los jinetes hachones encendidos en las manos y pistolas en la silla de montar con las que en determinados momentos disparaban salvas de pólvora que reforzaban el estruendo de las salvas de la arcabucería.

A la vista del éxito y del entusiasmo de las gentes, el convento comunicó a los cabildos secular y eclesiástico su deseo de prolongar la devoción al santo. Se dispuso que en septiembre se celebrarían ocho días de fiesta cuyos gastos correrían a cargo respectivamente del Clero, la Villa y el Convento los tres primeros y los restantes por devotos del salto que resultaron ser el Juez administrador de las Alcabalas de la villa de Almansa (4º día), D^a Mariana de Ulloa (5º), el Alguacil Mayor del Sto. Tribunal de la Inquisición (6º), el Gremio de los Pastores (7º) y los Mayordomos del santo (8º).

El pregón o publicación de las fiestas se hizo recorriendo la población un desfile de autoridades presidido por el Alcaide Mayor con el “Guió” al que se unió, entre otros, un Carro triunfal en cuya cima iba la imagen de San Pascual con luces, le seguían personajes vestidos con riquísimas galas de plata y encajes de oro, banda de música, los vecinos con máscaras bailaban danzas al son de variados instrumentos, los estudiantes habían preparado otro triunfal promontorio que disparó al aire un castillo de cohetes...

El octavario de fiestas siguió cada día un ritual parecido. Por la mañana “se cantaba” Misa con gran solemnidad en diferente convento o parroquia, seguida de procesión con el consabido desfile de músicas, danzas, disparo de cohetes, desfile de caballeros con disfraces de “*mojiganga*”, altares, clarines, chirimías y adornos. Uno de los días (5º) se organizó un Carro Triunfal tirado por seis mulas, representando al Sumo Pontífice que canonizó al santo y acompañado de criados repartiendo estampas de San Pascual. El gremio de Pastores preparó debajo del campanario del convento un dragón al que durante la noche pegó fuego a un castillo de fuegos artificiales. El día de los Mayordomos, además de la nobleza, iban en la procesión ocho pastores con sus pellizas, zurroneos, músicos, etc., costumbre ésta que se observaba en Almansa todos los años el día del santo.

La tarde estaba dedicada a las justas poéticas, comedias y certámenes literarios. Durante el siglo XVII la poesía de las justas y las obras de teatro se imponen como el lenguaje indispensable de las ceremonias, sean estas de beatificación o de canonización. Es la expresión del ingenio del lugar., se pone al servicio de una verdadera promoción de la idea de la “patria” de los santos locales desde las distintas instancias del gobierno local. Son las autoridades municipales o religiosas las que las organizan y promueven. La poesía del ritual de beatificación y canonización sirve tanto para la apología de los santos como para la de los lugares que la transmiten. En Almansa el día de los pastores se celebró una justa poética en el cuerpo de la iglesia franciscana con asistencia de “*la nobleza, eclesiásticos, poetas y miembros de todos los estados*”. Pero lo que predominó fueron las representaciones de comedias con títulos como “*La del más impropio verdugo, por la más justa venganza*”, “*Los españoles en Chile*”, “*El príncipe prodigioso*”, “*Gran Comedia de Industrias contra Finezas*” representada en el convento de los Padres Capuchinos, u otra comedia” *que para estas fiestas escribió el hermano del convento de Santiago*”.

Los días terminaban con luminarias, cohetes, “incendios” y alegrías en calles y plazas y el castillo.

Pocos meses antes habían tenido lugar LAS FIESTAS DE CANONIZACIÓN DE SAN PASCUAL BAILÓN EN VALENCIA. Una descripción pormenorizada de las mismas hizo el Padre Fray Joseph de Jesús, predicador y maestro de estudiantes en el convento valenciano de San Juan de la Ribera, de la provincia franciscana de San Juan Bautista. El texto está escrito en 1692, inmediatamente después de la celebración de las mismas, lleva por título “Cielos de Fiesta, Musas de Pascua en las fiestas de canonización de San Pascual Bailón” y es la fuente referencial que vamos a seguir. El texto está dedicado al Arzobispo de Valencia, Fr. Tomás de Rocaberti, de quien tendremos ocasión de hablar más adelante.

El estilo del texto, como se puede adivinar por el título, responde a un lenguaje barroco, grandilocuente y gongorino; el autor despliega su mayor fantasía para estar a tono con las suntuosas fiestas, y alude a los signos del Zodiaco, a los Astros, Planetas y Musas del orbe celestial comparándolas con las glorias y encumbradas virtudes del santo Pascual.

El convento franciscano de San Juan de la Ribera se encuentra en Valencia, en la margen izquierda del río Turia y comunicado con la ciudad mediante un gran puente de piedra donde está la imagen de San Pascual. Por este puente desfilarán todas las procesiones que se hagan en Valencia entre el convento franciscano y la catedral “*Entre nuestro convento y el Portal que*

llaman del Mar (en donde está el Baluarte de la Ciudad) por donde había de entrar la Procesión, ay un grande Puente de piedra, con muy vistosos arcos, en medio del cual se venera



Fig. 2 Portada del texto de Fray Joseph de Iesvs

una imagen de San Pascual Bailón a la una parte, y a la otra una Santa Cruz... ambas Imágenes baxo un cielo que sustentan quatro columnas de piedra". En este convento se celebrará un novenario de Misas en honor del santo y a él acuden cada día representantes del clero secular y regular de Valencia, oficiando el primer día el citado Arzobispo Rocaberti "el más fiel devoto y benefactor de San Pascual".

Fray Tomás de Rocaberti descendía de una familia noble catalana, ingresó en la orden de los dominicos, fue profesor de teología en la Universidad de Valencia, y el monarca Carlos II lo propuso para ser nombrado Arzobispo de Valencia en 1677, Virrey y Capitán general de Valencia en 1678 y 1683, y finalmente Inquisidor General en 1695.

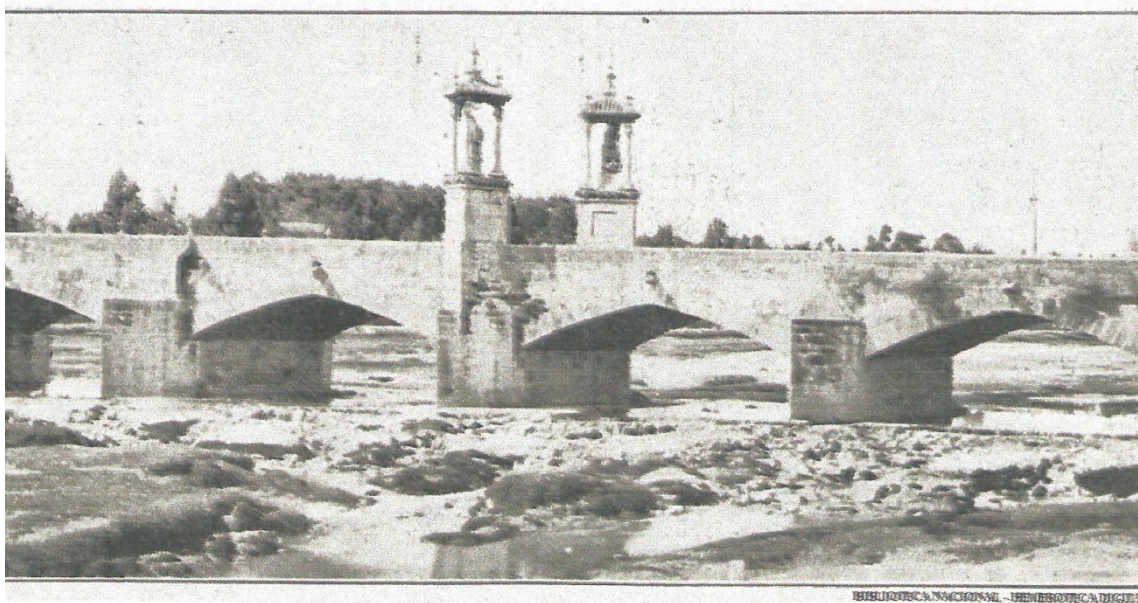


Fig. 3 Puente del Mar sobre el río Turia. Valencia

Como sucediera en Almansa, la noticia de la canonización se celebró con alborozo en todo el reino de Valencia y, sobre todo, en la ciudad de Valencia. El Cabildo municipal presidido por el Muy Ilustre Sr. D. Guillén Rocaful, Conde de Perelada y de Albaterra, se acercó al convento con preciosas galas y multitud de caballeros nobles vestidos con plumas, joyas, hachas ardiendo y briosos caballos, *"pajes con cohetes que echaban chispas formando un diluvio de fuego"*, se encendieron muchas hogueras, hubo ruidosas demostraciones y músicas con chirimías, dulzainas, tambores, violines, cítaras, laúdes, mandoles y violines.

Para costear las fiestas se recurrió incluso al monarca Carlos II, quien contribuyó con 1500 libras y también costeó el primer día de fiesta en Villareal donde el santo yace en su panteón ya que en 1681 el rey estableció su patronato regio sobre la capilla funeraria de Villareal.

El pregón de fiestas prometía premiar a quienes hicieran a su costa *"curiosos Altares, primorosos adornos de Imágenes, Carros Triunfales"*. La publicación de las mismas se hizo el 21 de abril, anunciándolas para el 17 de mayo, día del santo; a los valencianos les pareció que era poco tiempo para prepararlas. Habrá, según anunció el "Guió", luminarias, un novenario de Oficios Divinos en el convento de San Juan de la Ribera y una Gran Procesión General con la

imagen del San Pascual desde la seo catedral, a donde se le llevará la víspera, hasta devolverlo de nuevo al convento franciscano. Se exhorta a los valencianos a adornar calles e iglesias y, como colofón a las fiestas, se anuncian para los días 28, 29 y 30 de mayo dos Corridos de Toros y un Juego de Cañas, a celebrar en la Plaza de los Predicadores (delante del convento de Santo Domingo).

A partir de la publicación de las fiestas comienzan los preparativos. En el convento de San Juan se afanan más de cuarenta personas para preparar las *“deliciosas pinturas”* que adornen la capilla mayor, además de un majestuoso trono de serafines sobre el cual San Pascual parecía subir al cielo; de las pilastras cuelgan goteras y reposteros de terciopelo carmesí bordados en oro y plata con las armas del señor conde de Albatera. Se cubrieron los gastos para doscientos religiosos de diferentes conventos de la Provincia franciscana que se congregaron para asistir a las fiestas, para regalos a las nueve Comunidades religiosas que *“honraron”* los nueve días las mesas del refectorio, para las innumerables personas que de la Ciudad y de fuera comían en los alrededores del convento y para más de mil pobres que eran socorridos día y noche en la portería del convento.

El día 16 de mayo, víspera de la fiesta del santo, tal como había sido anunciado, se hizo una procesión para llevar a la seo-catedral la imagen de San Pascual junto con las de los siete mártires de Japón y la de San Pedro de Alcántara. Hubo multitud de gente, ruidos de tiros, repique de campanas, fuegos con chispas, al paso de San Pascual por la plaza de Predicadores el convento de Santo Domingo hizo *“un soberbio caballo que vino a parar en humo”*; esa noche y las siguientes se hicieron *“lindísimas luminarias, y todos los campos hasta el Grao de Valencia estaban llenos de resplandores y variedad de torres de fuego”*.

Al día siguiente, 17 de mayo, tuvo lugar en la catedral la Misa pontifical oficiada por el Arzobispo Rocaberti que fue quien sufragó el primer día de fiesta. Por la tarde se realizó la Gran Procesión General para volver la imagen del santo al convento. La ciudad de Valencia viste con pompa paredes, ventanas y balcones, se han preparado vistosos altares, primorosos jardines, artificiosas fuentes a lo largo de la calle del Mar, hubo hasta un altar *“todo de confitura fina”*. La procesión comenzó a las cuatro de la tarde desfilando, entre otros, doscientos soldados con picas y arcabuces llevando una Nave y en la popa las armas de la ciudad de Valencia y la custodia, divisa de San Pascual.

Pero lo que nos resulta más interesante es el desfile de los GREMIOS DE LOS OFICIOS que desfilan llevando cada uno la imagen de su patrón, banderas grandes de carmesí de Damasco, dos banderas pequeñas, una por los oficiales de cada oficio y otra por los aprendices “los que no han obtenido la aprobación de Maestros”, llevan hachas ardiendo y cada gremio se singulariza con una música y danzas. Nos dice el texto de Joseph de Jesús que, por ejemplo, el oficio de TRAJINEROS tras la imagen de San José llevaba una *“danza de muy hermosos muchachos con su música”*, en el oficio de los ROPEROS los maestros portaban la imagen de Santa Catalina y los oficiales llevaban en andas al Gran Patrón de España Santiago rodeado por ocho turcos vestidos de sarracenos al tiempo que se oían las cajas y pífanos de guerra que llevaban con una danza; los SOMBREREROS realizaban una danza castellana de espada y daga; a los VELEROS acompañaba *“una bien concertada danza de mujeres”*; los ALPARGATEROS

como los SOGUEROS llevaban *“unas escogidas y diestras danzas”*, o a los SASTRES acompañaba una danza *“de gitanas al son de varios instrumentos músicos”*.



Fig. 4 Plaza de Predicadores y Convento de Santo Domingo. Valencia

Otros gremios se singularizaron por la construcción de complicados artificios y arquitecturas simbólicas y efímeras, así los ALBAÑILES portaban, los Maestros a Ntro. Sr. Redentor en unas andas adornadas con plumas y flores, y los oficiales llevaban *“una tortuga simulando un monte con carneros y conejos y en la cumbre del monte una urna con el Santísimo Sacramento y arrodillado San Pascual, representando el milagro de la prodigiosa fuente que sacó en Ibi”*, los mismos motivos coronaban las andas de los PASAMANEROS O CORDONEROS; el oficio de los HERREROS Y CERRAJEROS salió en procesión llevando *“en un Carro Triunfal con flores y plumas innumerables, la imagen de san Eloy vestido de pontifical, con un arco de blancas plumas, y por remate una altanera Aguila siempre moviendo las alas, como que volaba, con una llave en la boca, no solo divisa del oficio, sino declarando al pontífice que tenía las llaves de San Pedro....y del Carro Triunfal iban esparciendo poesías impresas en lengua valenciana y castellana”*; también esparcían coplas en valenciano y castellano el gremio de los ARMEROS desde un Carro Triunfal *“muy primoroso, en el cual iba San Martín Obispo....un fragoso monte poblado de yerbas que pacían muchas ovejas...a la falda de la montaña estaba San Pascual sacando una fuente cuyas aguas cristalinas veían todos”*; los CARNICEROS llevaban en andas a San Pascual con una diadema *“de pedrería que costó muchos ducados su riqueza”* el oficio de CARPINTEROS salió con una *“Triunfal Carroza de azul celeste, hermosea de cuatro doradas Sirenas con guirnalda de oro y adornando el carro triunfal cuatro Huérfanas vestidas de azul, dotadas cada una a veinte y cinco libras”*; y de igual modo desfilan los gremios de TEJEDORES DE LANA, TEJEDORES DE LINO Y CÁÑAMO, CINTEROS, ZURRADORES, TINTOREROS, GUANTEROS, CALDEREROS, MOLINEROS, ZAPATEROS, BLANQUEROS, etc. hasta veintitrés oficios.

A continuación de , dice el texto, *“tal multitud de grandezas se seguían bailando al son de dulzaina los Gigantes (de 124 palmos de alto) y ocho Enanos de la Ciudad, muy pequeños y con cabezas grandes, dos de cada sexo, adornados con costosas galas, según los trajes de las cuatro naciones que representan, Españoles, Gitanos, Turcos y negros”*.

Seguían en la procesión las *“muy venerables Religiones”*, cada Comunidad con su santo correspondiente, seguidas del cabildo catedralicio con arzobispo y canónigos, además de las trece parroquias de la ciudad. La Iglesia Metropolitana participaba con Clarines, Trompetas, Ministrales, Tamboriles, Dulzainas, Danzas y *“la armonía de su celebrada Capilla...levantando la voz como podían”*. El cortejo se cerraba con las autoridades civiles de la ciudad, el Virrey y Capitán General de Valencia y los Reales Ministros y Jurados de la Ciudad.

El Virrey y Capitán General de Valencia es este momento el marqués de Castel Rodrigo. Unos años antes, entre 1688 y 1690, el máximo cargo político del reino de Valencia, el virreinato, estuvo ocupado por D. Luis Moscoso y Osorio Hurtado de Mendoza, conde de Altamira, por nombramiento del rey Carlos II; ostentaba también los títulos de conde de Monteagudo y marqués de Almazán. Resolvió un juicio entre las órdenes religiosas de mercedarios y trinitarios acerca del derecho de recogida de *“almoínas”* o limosnas en los reinos de la Corona de Aragón para la redención de cautivos, determinando a favor de los monjes de la Merced. Durante su virreinato creó una milicia de 7.300 hombres para apoyar la política del monarca en la guerra con Francia y asegurar la frontera de Cataluña; para mantenerla instauró un servicio o impuesto anual que requería aportes económicos, dinero y hombres para la guerra y que villas y lugares se negaban a pagar.

Al paso de la procesión por la Plaza de Predicadores se disparó un grandísimo castillo por cuenta de la ciudad, disparando fuegos que duraron mucho tiempo *“echando chispas”* y *“concluyóse la General Procesión, siendo generales las admiraciones de los innumerables que habían concurrido a ser testigos de gracia de tanta gloria”*.

La Misa en la catedral y la solemne Procesión General daban paso a un novenario que tuvo lugar en el convento franciscano de San Juan de la Ribera. Durante nueve días en el oficio de la Misa además de músicas y cantos tiene lugar un solemne Sermón en el que nueve oradores representantes de las distintas comunidades religiosas de la ciudad rivalizarán por glosar mediante recursos retóricos las virtudes, vida y milagros del humilde Pascual. Los sermones del novenario representan en Valencia el reto de las justas poéticas; los oradores recurren a los escolásticos medievales, a la mitología grecorromana o, si es preciso, a la astrología, y con una oratoria recargada intentan dejar huella de su elocuencia en la sorprendida audiencia.

Inauguró la novena el Maestro de la Capilla Oratoria del Cabildo de la Iglesia Metropolitana de la Muy Leal y Coronada Ciudad de Valencia por ser el deán de la catedral el protector y benefactor de la provincia franciscana; dice el texto de Ioseph de Jesús que el orador miraba un reloj para no pasarse en el sermón de ¡cuatro cuartos! Otros días los protagonistas son los frailes dominicos, los mercedarios, los trinitarios, los franciscanos, los agustinos, los del Carmen o el clero de la parroquia de Sta. Catalina vecina del convento de San Juan. Cada día del novenario fue costado por la liberalidad de un benefactor como el duque de Toscana, el Sr. Marqués de Bufianos, el aragonés D. Gerónimo Valterra o el conde de Buñol.



Fig.5 Imagen de San Pascual. Almazán

Resultaba difícil ser originales en el tema del sermón pero, aparte de ensalzar al santo canonizado, algún orador intentó demostrar que el fraile franciscano que según la tradición se le apareció a San Pascual, no era San Francisco fundador de la orden, sino San Pedro de Alcántara, fundador e introductor de esta orden “en estos Reinos”.

Otros oradores se planteaban con la mayor naturalidad la triple nacionalidad de San Pascual, *“Aragonés por Naturaleza, Castellano por Gracia, Valenciano por Domicilio”*, todos deberían gloriarse *“Aragón que le dio el Nacimiento, Castilla de haberle administrado el Bautismo, los Valencianos por tener su Santo Cuerpo”*.

Y en más de una ocasión los oradores se hicieron eco de la preocupación que había en España por la falta de descendencia del monarca Carlos II y piden al santo *“vuestra poderosísima intercesión para que Nuestra Reyna y Señora, esté en Cinta de fecundidad”* o *“ Santísimo Pascual, alcanzadnos de Nuestro Dios y Señor sucesión a nuestro Católico Monarca Carlos Segundo, pues ella interesa tanto a la Iglesia y España: Mirad santo mío, que sois Santo español, pues Aragón os dio el ser naturaleza, y Valencia os ha dado el ser Santo y Canonizado y que así no podéis olvidar a nuestra Monarquía de España”*.

Queda evidente el juego entre lo local y lo nacional en estas festividades. Ambos conceptos coexistirán pero la cohesión está promovida alrededor de la idea de comunidad de los súbditos del monarca. La preocupación por la falta de heredero de la monarquía española estaba bien justificada pues en pocos años, a la muerte de Carlos II comenzará la llamada Guerra de Sucesión española entre los partidarios del francés Felipe V, a quien nombra heredero Carlos II, y los partidarios del archiduque Carlos de Habsburgo a quien apoyan Inglaterra, Países Bajos y,

en España, Aragón, Valencia y Cataluña; la guerra terminaría en 1714 con la victoria del monarca Borbón.

Como conclusión de este novenario, Joseph de Jesús dice que todos los días hubo inmensas luminarias, invenciones varias de fuegos, admirable y sonora música, doctos e ingeniosos panegíricos, grandísima afluencia de devota gente y majestuoso aparato.

Durante tres días se afanaron los valencianos en acondicionar con andamios y gradas la ya conocida plaza de Predicadores *“la mayor plaza que hay en Valencia”* para que tuviera lugar en ella el broche final de fiestas: las Corridas de Toros y Juego de Cañas.

Toros y Cañas fueron durante los siglos XVI y XVII los actos representativos de lances y escaramuzas caballerescas. Eran iniciativas de las clases privilegiadas que son las que las costeaban; en Madrid los monarcas de la casa de Austria fueron aficionados a estos espectáculos e incluso el rey Felipe IV participó directamente en ellos. En las corridas de toros insignes caballeros acompañados de sus séquitos participaban en los lances. Se trataba de un toreo caballeresco de rejoneo, donde caballo y caballero rica y brillantemente vestidos se enfrentaban al toro que, por supuesto, había sido frenado previamente por los diez o quince escuderos que acompañaban a pie al señor para que éste pudiera clavar el rejón al toro (cabe imaginar la trágica suerte de estos hombres-escudo). El rejoneo se consideraba un ejercicio adecuado para la formación de los nobles, los cuales debían demostrar su condición, valentía y temple en los lances. El festejo tenía un fuerte contenido visual en la indumentaria de los rejoneadores y sus lacayos y era contemplado por miles de personas.



Fig. 6 Corrida de Toros en Plaza Mayor. Madrid

Los Juegos de Cañas consistían en hileras y cuadrillas de hombres, nobles y caballeros, montados a caballo y al galope fingiendo escaramuzas y arrojándose cañas a modo de lanzas o dardos y parándolas con el escudo; luego corrían los escuderos para darles a los amos las cañas de que eran portadores. Eran simulaciones de batallas o fingidos combates en los que las lanzas verdaderas han sido sustituidas por largas varas de madera dura que, si son lanzadas con fuerza se rompen al chocar con la adarga a modo de escudo. Algunas cuadrillas de caballeros van enmascarados o vestidos de “*moros*”, vestidos a “*la morisca*”, por lo que el juego se convierte en un combate figurado entre moros y cristianos. Era una actividad peligrosa que exigía gran destreza para galopar y, acto seguido, frenar y girar bruscamente al caballo. Esta forma de montar, a la jineta o morisca, parece que fue aprendida de los musulmanes por los caballeros que debían defender las fronteras durante la reconquista de AL Ándalus y posteriormente serían las Reales Maestranzas de Caballería las que se encargarían de mantener su práctica con un carácter festivo. Era un entretenimiento cortesano del que disfrutaba mucho el público como espectador por el boato y ceremonial que le rodeaba.

A veces se hacían fiestas mixtas de toros y cañas como la que se celebró en 1592 en la Plaza Mayor de Valladolid con motivo de la estancia del rey Felipe II en esa ciudad durante el largo viaje que realizó hasta Tarazona. Cuando tenían lugar los toros y cañas juntos, solían tener preferencia los toros, y después las cañas. Muchas veces la corridas de toros se programaba sola, pero era rara una fiesta de cañas que no se acompañase con la lidia de algún toro.

Como veníamos diciendo, en Valencia de construyó un “*circo espacioso*” en la Plaza de Predicadores, un dosel adornado con ricas tapicerías y sus armas bordadas cobijaba al Virrey de Valencia, Marqués de Castel–Rodrigo y las tribunas o “*cadhalsos*” estaban altísimas, se dispusieron “*hasta lo alto muchísimos gradeados, en donde tenían su asiento a costa de su dinero, hasta la gente de escalera abajo*”. Hubo “*infinitud de gente*” que no cabían en la plaza y llenaron las calles de Valencia. La causa de tanta expectación era “*el salir a rejonear el Muy Ilustre Señor Conde de Albaterra*”. La tarde colmó la expectación suscitada “*los corazones gozosos de quantos cogían en el circo*”, pero después del derroche de vestidos, indumentaria y adornos del conde, de sus seis caballos y de sus “*solos cuatro lacayos, por no permitirle más las leyes de la Muy Noble Maestranza*”, uno de los caballos se encabritó “*un bruto que aun con freno era un desbocado*” y dio con el conde en el suelo, de modo que el día segundo de toros no asistió porque se estaba reponiendo de la caída. La gente le echó en falta pero felizmente reaparecería con salud cumplida en la Procesión General del día del Corpus. Algunos poetas valencianos escribieron romances heroicos y sonetos de tema taurino alabando el valor del torero Albaterra.

La Muy Ilustre Maestranza de Valencia organizó un Juego de Cañas para el tercer día, 30 de mayo. Los padrinos de la fiesta fueron el conde de Sirat y el primogénito del Marqués de Castellón. Salieron las cuadrillas de nobles con “*vestidos a las mil maravillas*”, gobernando con destreza no solo las lanzas y adargas sino también los gallardos caballos que, muy ajaezados, “*llevaba cada uno un Perú en su riqueza, y cada Caballero una India en su gala*”. Después de jugar las Cañas formando escaramuzas y militares combates, terminó “*esta placentera diversión*” con trofeos a los ganadores.

Durante mucho tiempo pervivió en algunos lugares de España la expresión “Habrà toros y cañas” para significar que se prepara algo excepcional y digno de ver.



Fig. 7 Juego de Cañas en Plaza Mayor. Madrid

Hay unanimidad en los investigadores al considerar las fastuosas y brillantes fiestas que se celebran en España en el siglo XVII como una clara apología del poder político y religioso. La Monarquía y la Iglesia a través de la uniformidad del ritual festivo van logrando sustituir las culturas más tradicionales y diversas del mundo rural por otra más urbana y elitista sometida al afán centralizador del Antiguo Régimen. Las élites promocionan una falsa cultura popular, por medio de rituales folklorizados, en forma de procesiones, y festejos “populares” que vienen a reforzar, subliminalmente, la imagen del rey, la jerarquía y los valores de obediencia y sumisión. A lo largo del XVII, con el nuevo protagonismo de la ciudad y con la fiesta y el arte al servicio del poder, se va facilitando el triunfo del centralismo estatal y religioso, especialmente evidente en la España borbónica del siglo XVIII.

Las aficiones a la equitación y a la tauromaquia de los monarcas de la casa de Austria no serán compartidas por la nueva monarquía de los Borbones que se instaura en España en el siglo XVIII, por lo que estos espectáculos caballerescos van perdiendo importancia y las corridas de toros pasan a formar parte de fiestas populares con el toreo a pie por parte de los aficionados más valerosos. Algunos opinan que este toreo a pie nacería en tierras navarras o riojanas por estar acostumbrados en estas tierras a hacer carreras de toros por las calles. Así está documentado que se hacía en Logroño en el siglo XVI “con toros grandes que se traían desde Salamanca “y todavía hoy en Ágreda durante las fiestas de San Miguel, en septiembre, se “corren vacas ” cada día de fiesta por las calles del pueblo.

Actualmente San Pascual Bailón es el patrono de la ciudad de Villareal y de la diócesis de Segorbe-Castellón. Su imagen se venera en muchos pueblos levantinos y en lugares diversos de Sevilla , Córdoba, Granada, Ávila o Navarra, pero especialmente en los pueblos vinculados a su lugar de origen y antigua diócesis de Sigüenza, como los zaragozanos Torrehermosa, Alconchel de Ariza, Cabolafuente, Calatayud o Castejón de las Armas, los de tierras alcarreñas

de Guadalajara (Maranchón) o los del sureste provincial soriano desde Iruecha hasta Almazán donde el día diecisiete de mayo, día del santo, se celebra fiesta local y tiene lugar la peculiar e interesante actuación de los danzantes y el Zarrón.

Las danzas de Almazán tienen importantes similitudes con las que se bailaban en Torrehermosa hasta mediados del siglo XX. Aquí ocho danzantes, acompañados de mujeres bailaban al son de la música de dulzaina y tamboríl, por la mañana en la procesión y por la tarde en la plaza; los hombres bailaban con cintas y palos y las mujeres bailaban con castañuelas pero no el paloteo. Las danzas han sido un elemento intrínseco a las fiestas campesinas pero, como ya sabemos, muchas han desaparecido ante la presencia de otros festejos urbanos y las que quedaban difícilmente han sobrevivido a la intensísima emigración rural de los años sesenta que vació nuestros pueblos de gentes y tradiciones.

II - EL ZARRÓN. ALMAZÁN

Jueves, 18 de mayo de 2006

PROVINCIA 11

ALMAZÁN



Fig. 8 Actuación del zarrón. Almazán. Foto: Concha Ortega

17 de Mayo. 12,45 del mediodía. Un sol de justicia cae implacable sobre la villa adnamantina. Lamentablemente, y para no perder la costumbre, llego tarde. No me queda más remedio que situarme en el angosto comienzo de la calle Caballeros. ¡Resignación!. Miro a mi alrededor. La expectación es enorme. Gentes de los pueblos colindantes, de la capital, e incluso foráneos se han dado cita para contemplar un ancestral espectáculo. Es la festividad de San Pascual Bailón, patrón de los pastores. Esta celebración es casi de tal nombradía como la Bajada de Jesús Nazareno. El tumulto aumenta; señal inequívoca de que se acerca el gran momento.

¡Atención!; una riada de críos (y no tan críos) corren, poseídos por el demonio, precediendo a la figura emblemática de la fiesta, el zarrón. Éste, también llamado zarragón o zarrajón

atendiendo a su ubicación geográfica, los persigue incesantemente. Es un personaje pintoresco. Su estrafalaria vestimenta así lo acredita. Va ataviado con un ancho sombrero negro guarnecido con plumas de aguilucho o buitre, y rabos de conejo. También lleva chaqueta de cuero, albarcas y polainas. Numerosas pieles completan su atuendo, sin olvidarnos del garrote con el que, además de bailar, aporrea a todo aquel que ose entorpecer la danza de los pastores que le siguen, llamada del “milanazo” y que es ofrecida al Santo.

Pero, ¡cuidado!. El zarrón, con los ojos llenos de ira, se abalanza sobre un pobre muchacho que huye despavorido y no tiene mejor idea que cobijarse a mi vera de su perseguidor enrabiado. Éste, cegado por la furia, descarga un tremendo golpe sobre....¡MI INOCENTE ESPALDA!. Multitud de palabras malsonantes se agolpan en mi boca aunque no llegan a salir de ella. ¡Mis labios han quedado sellados momentáneamente ante tamaña injusticia!. ¡Ya sabía yo que este era un lugar proclive para recibir golpes!.

Mientras me sobrepongo de lo recibido, aparece el palillero seguido por los danzantes. El palillero es un personaje pacífico, encargado de marcar el baile con una castañuela gigante y de llevar en su alforja la provisión de palos para los pastores. Además, es él quien se encarga de refrescar sus gargantas gracias a un cuerno lleno de bebida que lleva consigo. Tras todos ellos va un tamborilero y un flautista que tocan la canción típica del zarrón:

“Tío zarrón

Tío maragón

Las sopas de gato

que ricas que son”

(También hay otra versión)

“Tío zarrón

Tío barrigón

Las sopas de leche

Que ricas que son”

(Esta última estrofa debe ser la original)

Me explico; al terminar la procesión, el mayordomo (cofrade de San Pascual que se elige anualmente), invita a danzantes, palillero y zarrón a comer soparra de leche. (De ahí el estribillo).



Fig. .9 El palillero y los danzantes. Almazán

Bueno, ahora que ya ha terminado todo, y aprovechando este espléndido día, me dispongo a recorrer esta preciosa villa descubriendo sus innumerables encantos. De recuerdo, me llevaré las típicas yemas y un hermoso cardenal. ¡Y juro que el año que viene romperé mi ridícula costumbre de llegar tarde y ocuparé un lugar más seguro que esta vez!. ¡Ah!, espero verte por aquí; no olvides tu cita con Almazán.

Natalia Sancho Romero

IES Castilla, Soria

III – GRABADO DE SAN PASCUAL BAILÓN

Como se señala en el relato de las fiestas de canonización de San Pascual Bailón, durante las procesiones se repartieron entre el público asistente hojas con coplas laudatorias al santo en valenciano y castellano, y, también, en la villa de Almansa el 5º día de fiesta, en septiembre de 1691, al paso de un Carro Triunfal tirado por seis mulas y representando al Sumo Pontífice que había canonizado al santo, los criados que le acompañaban repartían estampas de San Pascual.

Es posible que las estampas a que se refiere el texto fueran similares a la que vamos a comentar a continuación. La lámina objeto de estudio nos la proporcionó D. Juan Antonio Marco Martínez, de Sigüenza, en cuyo ámbito diocesano es frecuente la devoción a San Pascual.

Llamamos estampas a las láminas ilustradas con dibujos que han sido impresos o estampados mediante técnicas de grabado. El grabado, a su vez, es tanto el proceso de realización como el resultado, es decir, la imagen impresa y repetible que por medio de una matriz entintada se traslada a un soporte generalmente papel mediante una prensa o tórculo. Por su carácter repetible el grabado representa la posibilidad de llevar una imagen y un mensaje hasta numerosas personas. **LA ESTAMPA DE SAN PASCUAL** que vamos a comentar nos parece particularmente interesante porque en ella vamos a descubrir claramente dos partes que se corresponden con dos diferentes técnicas de grabado (Fig. 10).

En primer lugar vemos un grueso margen u orla dibujado sobre un fondo oscuro con gruesos, bastos e inciertos trazos claros; consta de motivos geométricos a modo de gajos encerrados en círculos y en triángulos, y no sirve sino para rellenar, enmarcar y rodear la escena central o el grabado propiamente dicho. La técnica de grabado empleada en este marco es la llamada xilografía, o grabado sobre matriz o taco de madera. En los primeros tiempos del grabado, la Europa del siglo XV, la matriz empleada era de madera, generalmente de peral, o de castaño o de boj. La madera se entintaba a base de tampones de cuero hasta que la tinta la impregnaba bien. A continuación el artesano mediante una gubia iba tallando el dibujo deseado, de modo que era una xilografía en relieve o “en negativo”, excavando en la madera las líneas de la composición, que aparecerán sobre el papel como líneas blancas sobre fondo negro, tal como vemos en nuestro grabado. Para hacer el marco se necesitaron cuatro matrices o tacos, uno para cada lado y aquí el ensamblaje de las cuatro maderas resulta bastante defectuoso como puede apreciarse en la discontinuidad del dibujo en los cuatro ángulos de la estampa.

La xilografía se utilizaba inicialmente para el estampado de telas, luego para el grabado de estampas sueltas y posteriormente para el estampado o ilustración de libros. Por toda España

y principalmente en Valencia había multitud de talleres locales en los siglos XVI y XVII donde los maestros artesanos utilizaban con frecuencia los mismos tacos xilográficos (orlas, viñetas, letras iniciales) en distintos trabajos. Aunque la matriz de madera admitía la posibilidad de reproducirse en papel hasta cien veces, tenía el inconveniente de no poder realizar dibujos minuciosos y detallistas como sí lo hacía el buril.

El marco encierra la escena central o parte principal del grabado: se representa al santo Pascual Bailón según la iconografía convencional, esto es, como monje sorprendido y admirado ante la presencia del Santísimo Sacramento en una custodia sostenida por ángeles.

El santo está representado casi en figura completa, parece arrodillado, vestido de fraile franciscano, con el hábito atado a la cintura con el típico cordón franciscano de nudos del que cuelga un rosario, y con capa corta con capucha. La figura mira hacia el lado izquierdo del grabado donde está la custodia, y sus manos y brazos se abren en señal de sorpresa y admiración. La cabeza del santo está rodeada por un aura de trazos radiales a modo de corona, y hacia él llegan e iluminan los rayos procedentes de la custodia. Es una actitud de éxtasis ante la presencia de Jesucristo en la Eucaristía.

A la izquierda, en el ángulo superior, flotando entre nubes como en la más pura estética barroca, revolotea un ángel que porta y sostiene la custodia u ostensorio, observado y acompañado por otras tres minúsculas cabezas de querubines. Debajo de las nubes y a menor tamaño aparece un grabado muy elemental de un edificio con torres que representa el templo o la iglesia conventual de frailes franciscanos donde ingresó San Pascual.

Toda la escena está rodeada por una greca estrecha en la que se repite una figura de planta, posiblemente espigas de trigo, y en las cuatro esquinas matadas quedan unos espacios triangulares decorados con hojas de vid y racimos de uva los superiores, y espigas y flores los inferiores.

Esta iconografía de San Pascual representa el “milagro de la Aparición”, tiene su origen en la creencia de que un día siendo pastor en Orite (Alicante), mientras San Pascual oraba, sus ojos vieron una luz en el firmamento, las nubes se abrieron y un ángel bajó del cielo y le presentó la Hostia en el interior de una custodia, o, también, que Pascual contempló, como si estuviese delante de un altar, una Hostia puesta sobre un Cáliz y rodeada por un coro de ángeles que la adoran. Si esta Aparición fue así, es evidente que hay una contradicción en la imagen pues el santo, aunque todavía era pastor en el momento de la aparición, aparece ya vestido con el hábito de los franciscanos descalzos. Hay varias iconografías de San Pascual que acompañan el milagro de la aparición con el santo vestido de monje pero a los pies se representan unas ovejas y el cayado y sombrero de pastor aludiendo al oficio de San Pascual antes de entrar en el convento.

Debajo de la escena central, a modo de friso, el grabado muestra en el centro un recuadro o cartela con el nombre de San Pascual Bailón para que no quede ninguna duda sobre quién es el santo representado, y a ambos se representa una pequeña escena campestre aludiendo a las tareas agrícolas que el santo realizaba en el huerto del convento (Fig. 10 página siguiente))



A la derecha, un joven vestido con polainas, traje corto y sombrero cava afanosamente la tierra mientras se le aparece un fraile franciscano en el ángulo superior derecho; según los textos este santo sería San Francisco de Asís, el fundador de la orden franciscana quien le recomendó al joven Pascual que ingresase en su orden monástica. Apreciamos también en la escena cierto anacronismo pues, según las mismas fuentes, la aparición de San Francisco tuvo lugar antes de entrar en el convento, es decir, cuando era pastor y no agricultor. Otros dirán que quienes se le aparecieron recomendándole la vida monacal fueron San Francisco y Santa Clara que, como San Pascual, fue defensora del Santísimo Sacramento.

A la izquierda, el grabado muestra una escena muy simple donde un fraile arrodillado es sorprendido por un resplandor, se supone que es otra aparición, mientras poda unos arbustos que parecen vides. Sus hagiógrafos dicen que Dios premió a San Pascual concediéndole en diversas ocasiones que los ángeles trajeran hasta él la Hostia resplandeciente para que pudiera verla y adorarla.

Como ya hemos dicho, San Pascual había nacido en 1540 en el pueblo de Torrehermosa, diócesis de Sigüenza; sus padres, Martín Bailón e Isabel Jubera, decidieron ponerle Pascual dado que nació el día de la Pascua de Pentecostés o Pascua Florida. Después de pasar su adolescencia y mocedad de pastor, primero en Alconchel de Ariza y después en tierras levantinas, a los 24 años ingresó en el convento de menores de Albaterra (Valencia), realizando todos los oficios de los frailes legos, preparar el refectorio, atender la portería, cuidar la huerta y mendigar limosna por los pueblos.

Pronto se distinguió Pascual por su devoción a Jesús Sacramentado; su extrema humildad y escasa formación no le impidieron ser un profundo defensor de los misterios divinos y dejar por escrito sus reflexiones. Redactó una serie de manuscritos que reunió en lo que él llamó “Cartapacio para mi recreación espiritual” y que luego tomó el nombre de Opúsculos. Desde una actitud mística y contemplativa San Pascual fue un santo que escribió “no para enseñar sino para instruirse”, decía “Debemos tener para con Dios, corazón de hijo; para con el prójimo, de madre, y para con nosotros mismos, de juez”. Sus reflexiones merecerían un pequeño hueco entre los clásicos místicos del siglo XVI. Según los biógrafos, el monje defendió la presencia de Jesucristo en la Eucaristía de los ataques de los protestantes hugonotes cuando cruzó Francia en 1576 para llevar hasta París una carta del provincial de Aragón al general de la Orden Franciscana. También Santa Clara, custodia en la mano, defendería el Santísimo Sacramento ante los sarracenos.

La convicción profunda de la presencia real de Cristo en la Eucaristía fue desde el medievo origen de devoción al Santísimo Sacramento, es decir, a la presencia real de Cristo en las formas consagradas, guardadas en el sagrario. Esta devoción se fortalece después del Concilio de Trento, frente a los protestantes, calvinistas y a quienes la reducían a una mera presencia simbólica, no real. Con la Contrarreforma y a partir del siglo XVII este culto se hace cada vez más popular, formando parte de la educación espiritual de generaciones de cristianos y de la vida de innumerables santos.

Se llamó a San Pascual teólogo de la Eucaristía, y en 1897 el papa León XIII lo nombró patrono de los Congresos Eucarísticos y de la Adoración Nocturna.



Fig. 11 Grabado de San Pascual. Dibujo Vicente López. Grabador Francisco Jordán, 1801.

Respecto a la técnica del grabado, apreciamos una gran diferencia con el margen comentado. Aquí se trata de un grabado calcográfico realizado sobre plancha de metal, cobre generalmente, rayando los dibujos sobre el metal mediante un afilado buril. En el grabado a buril la plancha se prepara con brea o cera ahumada sobre la cual se adhiere un papel de calco (calcografía) con el dibujo que se pretende grabar. Después de usar el buril la plancha se entinta y sólo pasará al papel la tinta contenida en los surcos.

En el borde inferior del grabado aparece la inscripción “ El Ill. S. D. F. Antonio Folch de Cardona Arpo. de Val. Concede 40 días de verdadera indulgencia a quien rezare un Pad. Nues. y una Ma. dela. desta Imagen”. El texto deja constancia de que el Ilustrísimo Arzobispo de Valencia, S. D. Fray Antonio Foch de Cardona, concedió días de indulgencia a quienes rezasen un padre nuestro y un ave maría delante de esta imagen. En la línea inferior se puede leer “I. Baut. Ravanale F. en Val.”, es decir, la estampa fue grabada (F. fecit) por Juan Bautista Ravanals en Valencia.

Estos datos nos serán de gran utilidad para conocer la personalidad de quien encargó el grabado y de quien lo grabó, pero también para situar o contextualizar la estampa en un momento dado y en unas circunstancias históricas concretas.

ANTONIO FOLCH DE CARDONA fue nombrado Arzobispo de Valencia a propuesta del rey Carlos II en 1699 por el papa Inocencio XI. A finales de año hacía su entrada en la ciudad del Turia mientras Rocaberti, su antecesor en el Arzobispado, era el Inquisidor General que incluso mediante exorcismos trataba de curar la deficiente salud del rey.

Antonio Folch de Cardona (1657-1724) era valenciano, hijo de los almirantes de Aragón, renunció a la carrera militar e ingresó en la orden de los franciscanos observantes, no legos.

Fue colegial mayor en Alcalá de Henares y su vida transcurría en las provincias franciscanas de Castilla enseñando filosofía y teología por los conventos de Palencia y Ávila.

Es seguro que cuando Foch de Cardona llegó a Valencia todavía pervivía en la ciudad la memoria de las fiestas por la canonización de San Pascual, y siendo franciscano como él, aunque observante, no lego, no sorprende que como recuerdo de su toma de posesión como arzobispo, Folch de Cardona decidiese encargar unas estampas grabadas de San Pascual, acompañadas del perdón de los pecados o la remisión de la culpa para los devotos del santo. Era práctica habitual en la Iglesia celebrar los nombramientos de cargos eclesiásticos mediante la concesión de indulgencias. En este caso, se especifica que se conceden 40 días de indulgencias.

La técnica del grabado permitía hacer tiradas de una misma plancha y convertir las estampas en objetos asequibles a las clases más humildes. Con la difusión de las estampas religiosas se potenciaban las devociones particulares y los fieles podían llevar a sus casas la “verdadera imagen” de la virgen o del santo que se veneraba en los santuarios, a veces muy alejados de sus casas. Si en algunas ocasiones por enfermedad o distancia era imposible acudir al santuario, se podía rezar delante de la imagen del santo o de la virgen correspondiente.

Los principales clientes de los grabados eran los cabildos, cofradías y entidades religiosas que las distribuían entre sus feligreses y lograban difundir determinadas devociones a la vez que obtenían algunos ingresos. Por ej. Así lo vimos en los grabados encargados por D. Alfonso Ruiz, de Borobia, como canónigo magistral de la catedral de Astorga o por el Ilmo Sr. Delgado y Benegas, obispo de Sigüenza, con el Santo Cristo del Amparo de Taroda.

Por ello creemos que cuando en 1699 D. Antonio Folch de Cardona recibió el nombramiento de Arzobispo de Valencia pensó en encargar un grabado como recuerdo y atención a sus nuevos feligreses. Los varios meses que transcurrieron entre el nombramiento y la entrada en Valencia del arzobispo sería tiempo suficiente para que el grabador pudiera realizar el encargo

La relación de Folch de Cardona en Valencia fue larga en teoría y compleja en la realidad pues la vida del Arzobispo quedaría a partir de este momento vinculada a los avatares históricos que suceden a la muerte en 1700 del monarca Carlos II. El desgobierno y los enormes gravámenes sobre una riqueza exigua para sufragar el lujo de la corte y las continuas guerras para mantener el imperio español habían llevado al extremo la miseria de España, pero, además, preocupaba la falta de heredero en la sucesión de la monarquía española y la posibilidad de que los dominios pudiesen dispersarse y un monarca extranjero accediera al trono español. Ya vimos cómo incluso en los sermones de las fiestas de canonización de San Pascual se pedía a Dios que el rey tuviera descendencia.

EL REY CARLOS II (1651-1700) llevaba reinando un periodo sorprendentemente largo teniendo en cuenta su naturaleza endeble y salud precaria, aunque Felipe IV en su correspondencia con sor M^a Jesús de Ágreda escribía que su hijo iba creciendo “muy sano y lucido”. Desde que heredó el trono a los cuatro años, a la muerte de su padre, las potencias extranjeras, especialmente Francia y el Imperio Alemán, pensaron que el rey niño no sobreviviría (a los cinco años apenas se tenía en pie y a los diez años no sabía leer y escribir) y ya pactaban para repartirse los inmensos y numerosos territorios españoles.

Carlos II representaba el resultado de la endogámica política matrimonial seguida por los monarcas españoles desde los Reyes Católicos: salud enfermiza y parentesco con los países vecinos que reclamaban derechos de sucesión y heredad al trono español.

La reina viuda Mariana de Austria y la segunda esposa Mariana de Neoburgo junto con su camarilla alemana inclinaban la voluntad del monarca hacia un candidato alemán, mientras que la primera esposa M^a Luisa de Orleáns y su séquito francés habían preferido la opción de un heredero francés, al tiempo que había flexibilizado la rigidez austríaca de la corte con aires franceses en las modas y en las costumbres(los hombres cambiaron los mostachos, la golilla y el jubón por la casaca y la corbata de seda, y las mujeres olvidaron los guardainfantes). La política agresiva de Luis XIV hacia las ciudades españolas en las fronteras de Flandes, Franco Condado, Italia o Pirineos no impidieron que una parte de la opinión española fuese atraída por un difuso concepto admirativo hacia el rey francés originado en sus éxitos militares y en el esplendor de su corte.



Fig. 12 Carlos II adorando la Eucaristía (Detalle). Pintura. Claudio Coello.

Al final, tras muchas vacilaciones el monarca proclamó sucesor y heredero al candidato propuesto por el rey francés Luis XIV, su sobrino Felipe de Anjou quien entró en Madrid en 1700, es proclamado rey como Felipe V y pronto presenta su proyecto de extender las cargas fiscales de Castilla a otras provincias y centralizar las instituciones mediante los Decretos de Nueva Planta.

. Cataluña había sufrido durante muchos años el constante hostigamiento del rey francés sobre sus fronteras; había resistido los ataques en el Rosellón, Rosas, Gerona e incluso Barcelona (1697), y, en consecuencia, creó un sentimiento antifrancés y ligó así su destino a la casa de Austria, convencidos, además, de que era preferible el respeto a las autonomías locales de los austríacos que el rígido centralismo borbónico. En 1705 el archiduque Carlos de

Austria es reconocido como rey de España por toda Cataluña, Valencia y Aragón, dando comienzo a la llamada Guerra de Sucesión; como sabemos, el tratado de Utrecht en 1714 puso fin a esta contienda con la victoria de Felipe V que no respetó los fueros locales.

El arzobispo de Valencia Folch de Cardona tras unos años de ambigüedad, pronto se posicionó junto a Carlos de Austria, al que apoyó y acompañó hasta Viena cuando en 1711 fue nombrado emperador de Alemania, y allí acabó sus días.

La Biblioteca Real creada por Felipe V se nutrió de las confiscaciones realizadas a destacados austracistas, entre ellas, una de las más importantes procedía de la importante librería que el arzobispo Antonio Folch de Cardona había empezado a organizar en su diócesis. Según ha investigado Dolores García Gómez, estaba compuesta de 457 títulos repartidos en 887 volúmenes, escritos en latín, excepto 31 en castellano, dos en portugués, una en francés y una en valenciano. El fiscal de la Chancillería valenciana determinó que valía 1817 libras. No sabemos si entre los numerosos volúmenes de Folch de Cardona había algún grabado referido a San Pascual, como el que estamos comentando.

Las estampas populares eran grabadas por artesanos de nula preparación académica, seguían utilizando en el siglo XVII, como estamos viendo, la técnica de la xilografía y seguían, en general, la estética contrarreformista barroca un tanto facilona que calaba muy bien en la sensibilidad popular, ensalzando a un santo sencillo y humilde como este, cercano a la circunstancia de la población. El anónimo imperaba entre los artesanos de la madera; sin embargo, los burilistas consideraban su trabajo más creativo, más cercano al mundo de las artes por lo que pondrán su nombre en cualquier hueco que les deje la estampa, en nuestro caso, en el ángulo inferior derecho aparece el nombre del grabador: J. Baut^a. Ravanals en Valencia.

La actividad editorial es muy intensa en Valencia durante el siglo XVII, pero en la ilustración de libros apenas hay grabado original que debe ser importado de Europa, de Flandes e Italia principalmente, y sí muchos nombres de grabadores reproductores más o menos brillantes. Casi todo el grabado valenciano en este siglo está hecho a buril; muchos grabadores graban en láminas y estampas los altares y carrozas que los distintos conventos y gremios preparan para los desfiles y solemnidades religiosas, así como láminas para los libros en los que se describen las fiestas locales.

JUAN BAUTISTA RAVANALS es el artista valenciano (1678-1746) que, como dice el profesor A. Gallego, enlaza tradición y novedad. Ilustró gran cantidad estampas y de libros con portadas, retratos y láminas diversas no solo en su región sino que también hace láminas para la corte.

Conocemos dos retratos suyos del rey Felipe V, uno en pie fechado en 1701 y otro a caballo de 1707, pero la colaboración con los círculos cortesanos no prosigue y se vuelve a su ciudad donde graba incansablemente. En Valencia coincidió con Hipólito Ribera en la Academia de grabado que había instalado en su casa Evaristo Muñoz a su regreso de Italia. Además de retratos realizó numerosas láminas cultas destinadas a libros técnicos y científicos como el “Compendio de Matemáticas” del P. Tosca, o “El siglo V en Valencia”.



Fig. 13 Grabado de Felipe V. Ravanalls.

La estampa de San Pascual pertenece a las llamadas estampas populares o de devoción; en ella no aparece la fecha de ejecución pero creemos que pertenecería al comienzo de la carrera artística de Ravanalls, pues aún la tradición (xilografía) y la novedad (calcografía), aunque es evidente en la lámina que la unión de ambas partes del grabado se hace de modo muy burdo y chapucero. La fecha de grabado podría ser el año 1699, encargado por el recién nombrado arzobispo de Valencia A. Folch de Cardona, y realizado cuando Ravanalls contaba solamente 21 años. La juventud del grabador explicaría la desigualdad en el tratamiento de algunos aspectos de la lámina, por ejemplo, nos parece muy acertados el tratamiento de San Pascual, singularmente el grabado de las manos, y el del ángel que sostiene la custodia, a pesar de que, como dice algún crítico, hay igualdad en las líneas siempre muy paralelas y con la misma intensidad, pero sorprende la falta de habilidad en el grabado de la greca vegetal, en el del templo y en la escena agrícola de la izquierda, así como la falta de recursos para llenar el fondo sin tener que recurrir a repetir monótonamente las líneas.

Ya hemos dicho que nos sorprendía la iconografía de las dos escenas agrícolas, pues frecuentemente, al menos en grabados posteriores, se acompaña la imagen de San Pascual con alusiones a su vida de pastor (Fig. 11). Esa misma iconografía, casi totalmente idéntica, aparece en un grabado que hemos encontrado junto al texto que nos sirve de referencia en este trabajo "Días de Fiesta, Musas de Pascua..." escrito en 1691 por F. Joseph de Jesús. Es un grabado en el que no figura fecha ni nombre del patrocinador ni del grabador, pero tampoco

aparece número de página como Ioseph de Iesús hace escrupulosamente con todo el texto, por lo que creemos que el grabado no forma parte del manuscrito original sino que ha sido incorporado a él posteriormente por la Biblioteca Valenciana (Fig. 1) como se aprecia en el sello.

La estampa reproduce exactamente la misma iconografía que hemos comentado en el primer grabado, pero consideramos que se han solucionado algunas deficiencias, tales como suprimir el marco de grabado xilográfico, agrupar de modo más unitario los distintos elementos (fraile, ángeles, templo) rodeándolos con una cinta o filacteria con el nombre de San Pascual y mejorar los motivos vegetales. Las diferencias son pequeñas, el santo con el rosario entre las manos mira a la derecha, los ángeles sostienen el Caliz y la Hostia en lugar de la custodia y el templo es más proporcionado y está más integrado en la escena que en el anterior grabado, pero, en conjunto, la técnica de realización es similar: formas y líneas paralelas, con igualdad de grosor y tintado, y la estampa despide el mismo sentido piadoso y de devoción del barroco popular que el anterior grabado, por lo que creemos que esta estampa sin nombre ni fecha correspondería también al grabador Juan Bautista Ravanals, realizada poco después de 1699 y acaso antes de desplazarse a Madrid.

El texto de Ioseph de Iesús "Días de fiesta, musas de..." es muy pobre en ilustraciones; en sus más de quinientas páginas apenas destacamos una pequeña greca que se repite en la portada y al comienzo de cada capítulo, y tres pequeños grabados xilográficos en las primeras páginas del texto.



INTRODVCCION DEL AVTOR.



Oy en mi destemplada pluma , la generosa valentia, que animada de superior aliento, neccelsita para bolar à la esfera de tantos lucimientos, como es preciso registrar en tanto cielo , que à todas luzes à resplandecido, en la muy Ilustre, muy Leal, muy Noble , y Coronada Ciudad de Valencia. publico Tea-

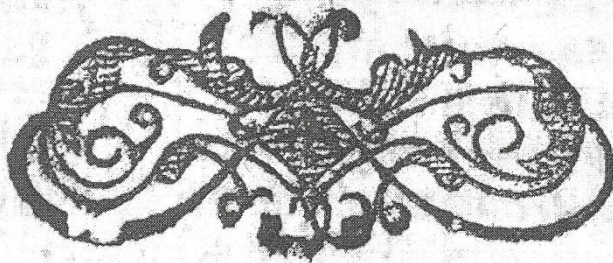


Fig. 14 y 15 Xilografías en Cielos de Fiestas..... lesoph de Iesús.

IV - BIBLIOGRAFÍA

Campos y Fernández de Sevilla, Fco. Javier. Fiestas celebradas en Salamanca con motivo de la canonización de San Juan de Sahagún. Estudios Superiores del Escorial, 2008. ISBN 978 84 89788.

Crespo Vicente, Pascual. La fiesta de San Pascual en Balconchán. Centro de Estudios del Jiloca, 2003.

Gallego Gallego, Antonio. Historia del grabado en España. Ed. Cátedra. Madrid, 1979.

Fr. Joseph de Jesús. Cielos de Fiesta, Musas de Pascua en las fiestas de canonización de San Pascual Bailón. Impresor del S. Tribunal de la Inquisición. Valencia, 1692.

Lope de Toledo, José M. Logroño en el siglo XVI. Toros y cañas. Ed. Logroño, 1963.

López García, M^a Trinidad. Fiestas de canonización de San Pascual en la villa de Almansa. Estudios Superiores del Escorial, 2008. ISBN 978 84 89788.

Marco Martínez, J. A. El retablo barroco en el antiguo Obispado de Sigüenza. Diputación provincial de Guadalajara. Gráficas Depón. Torrejón de Ardoz, 1997.

Marqués de Lozoya. Historia de España, tomo V. Salvat editores S.A. Barcelona, 1979.

Revenga Domínguez, Paula. Fiesta, poder y arte efímero en el Toledo barroco 1. Ed. Liceus, 2004. ISBN 84 97 14075.

Sancho de Francisco, Carmen. Estampa devocional de la Virgen de Borobia. www.soriagoig.es, 2010.

Vincent- Cassy, Cécile. Los santos, la poesía y la patria. Ed. Jerónimo Zurita, 85, 2010. ISBN 00 44 5517.